

LA ALCANCÍA DEL GRADO

ERAN los primeros días de clase. Llevo en mi memoria el recuerdo de ese conjunto infantil, de caritas risueñas, como frágiles mariposas en torno a mi escritorio. Me parece revivir en este momento aquel año que pasó. Cuando entramos en el aula como de costumbre, la alcancía que estaba sobre mi escritorio, con una diminuta cerradura y una hendidura en su cara superior, pareció decirnos:

-Buenos días, compañeros, ¿se han acordado de mí hoy? Era la Alcancía del Grado. Desde ese día, todas las mañanas yo era la primera en llegar al aula, y las alumnas matemáticamente depositaban sus moneditas en la ranura. Muchas me contaban:

-Señorita, hoy no compré figuritas y traje 5 centavos...

-Yo, señorita, encontré una monedita, y aquí la traje; voy a echarla ...

-Yo tenía unas monedas, compré caramelos, pero guardé 10 centavos para la alcancía...

-¿Está contenta, señorita?

-¿Hacemos bien?

-¿Ve, señorita, como no nos olvidamos?

Y mil argumentos más.

Yo las dejaba hablar; les sonreía; de vez en cuando las acariciaba, las felicitaba y alentaba esos corazones con frases maternas. Mi alma gozaba intensamente, porque mi obra iba ganando corazones y mis alumnas se disciplinaban en la sabia comprensión del ahorro.

Los días se sucedían, y nuestra alcancía se adueñó de mis alumnas y cada día era más pesada.

Había entre mis alumnas una muy humilde, que era huérfana. Era Teresita, quien, aunque tan pequeña, hacía de madrecita para sus hermanitas menores, a las que cuidaba con sumo cariño, y era querida por todas sus compañeras.

Teresita quiso también cooperar como todas en la alcancía y llevó su monedita. Yo, que conocía el hogar de ella, donde quizá pudo haber faltado hasta una moneda, pues tantos gastos tuvo su padre en la enfermedad de la madre, me atreví a decirle a Teresita:

-¿Tú también trajiste una monedita? ...

-Sí, señorita. Me regalaron 10 centavos. Pensé comprar caramelos..., luego juntar muchas monedas para comprarme una muñeca...; pero, son tan pocas las veces que me regalan, que preferí depositarlos aquí, como hacen mis compañeras.

Tomé su cabecita entre mis manos, pues comprendí las ilusiones que se había forjado su tierno corazón; la aprisioné fuertemente como si fuese mi hijita.

Siguió el tiempo su ritmo habitual, pero quedó en mi cierta preocupación por Teresita.

Habían pasado dos meses. Se acercaba el cumpleaños. Pensé y sugerí a mis alumnas la idea de invertir algunas monedas de la alcancía en la compra de una muñeca para la pobre Teresita.

Todas las alumnas me rodearon y aceptaron alegres mi iniciativa.

-¡Qué contenta se va a poner!...

-¡Qué sorpresa va a ser para ella! ... ¡Es tan buena!

-¡La queremos tanto!

Estábamos a un día de la fecha. Las niñas se mostraban inquietas. Tomé la alcancía, la abrí y ¡oh, sorpresa!: un montoncito de monedas de 5, 10 y 20 centavos...

Las repartí por grupos. Todas las niñas afanosamente contaban. Era una verdadera clase de aritmética. Sumamos; total: \$8,65.

-¡Cuánto dinero! ¿Alcanzará, señorita? ...

Dejé indicado quiénes comprarían, en el bazar de la esquina, una muñequita que, orgullosa, se lucía en la vidriera.

Todas debían callar, y aquella que llegara a confiar el secreto sería reprendida. Todas fueron fieles a la promesa que me hicieron. Nadie comentó el asunto. Llegó el día. Observaron la asistencia de Teresita a clase. Sobre su banco colocaron la caja, y varios paquetitos más. Ya estábamos a segundos de un momento de ansiedad para nosotras, de dicha sin límite para la pequeñuela.

Todas fijamos los ojos en Teresita. No queríamos perder un solo gesto de su sorpresa ante lo que le esperaba.

Teresita de inmediato reparó en su banco, nos miró a todas; las compañeras la rodearon; se le ahogó un grito en los labios... quedó muda.

-Es para ti, sí, para ti... ¡Ábrelo, Teresita, todo es tuyo!

Tomó la niña la caja; la abrió y, tomando entre sus manos la muñeca, la levantó, vino corriendo hacia mí y me besó.

-¡Gracias, gracias, señorita! ... ¡Es la misma que yo contemplaba todos los días!... ¡Qué hermoso traje! ... ¡Qué linda cara! Cierra los ojos...

El grado entero gozaba la dicha que vivía Teresita. Yo aclaré:

-Esta muñequita no te la he comprado yo; es el grado, son todas tus compañeras. ¡Es el milagro de la ALCANCIA!

-¡Pero! ¿Han gastado todo el dinero para mí?...

-No, Teresita; quedan en ella muchas monedas todavía.

Algunas compañeras le trajeron caramelos, pañuelitos, libros de cuentos y hasta un vestidito. Fue un día de singular alegría espiritual, donde todos disfrutamos la inmensa satisfacción de llevar al corazón de Teresita una dicha sin par, resultado del depósito de unas moneditas diarias.

Así siguió su camino la Alcancía del Grado. Compró útiles, repartió libros, ayudó al necesitado en la medida de sus fuerzas, sembró siempre felicidad a su paso, dando pruebas evidentes de que AHORRAR es COOPERAR, de que ese pequeño esfuerzo diario nos depara satisfacciones espirituales grandes, al llevar a un semejante la dicha de verlo feliz.